

En efecto, Bellombre, aunque curtido por el aire del campo, era todavía muy simpático; sus ojos, acostumbrados á expresar las pasiones, se animaban y se llenaban de luz al calor de la conversacion; las ventanas de su nariz, anechas y bien cortadas, palpitaban; sus labios, al entreabrirse, dejaban ver una dentadura de que se hubiera vanagloriado una coqueta; su barba, en la que tenia abierto un hoyo, se levantaba con altivez, y por sus hombros desparramábanse los rizos de su abundante cabellera entre la que se descubrían algunos, poquísimos, plateados hilos.

Blazius y el Tirano continuaron bebiendo en compañía de Bellombre.

Las comediantas se retiraron á un cuarto en el que los criados habian encendido un gran fuego.

Sigognac, Leandro y el Intrigante se echaron en un rincón del establo sobre algunas brazadas de paja fresca, perfectamente garantidos del frío por el hálito de las bestias y las mantas de los caballos.

Mientras los unos bebían y dormían los otros, volvamos al carro abandonado, y veamos lo que sucede.

El caballo permanecía tendido entre las varas. Sus piernas se habian envarado como estacas y su cabeza se estiraba sobre el suelo entre los mechones de la crin cuyo sudor, al contacto del frío de la noche, se habia cuajado en cristales de hielo. El hoyo donde tenia engastados los ojos se profundizaba más y más, y la descarnada mejilla parecia disecada.

El alba comenzaba á despuntar; el sol de invierno mostraba entre dos largas fajas de nubes medio disco de un blanco plomizo y derramaba su pálida luz sobre la lividez del paisaje donde se dibujaban en líneas de un negro fúnebre los esqueletos de los árboles. Por encima de la nevada superficie saltaban algunos cuervos que, guiados por el olfato, se acer-

caban con mucha cautela al rocin, temiendo algun peligro, trampa ó lazo, pues la masa inmóvil y sombría de la carreta les alarmaba, y se decían en su lengua crascitona que aquella máquina podia muy bien ocultar en sus entrañas un cazador al acecho, toda vez que un cuervo no hace tan mala facha dentro de un puchero. Los carnívoros animales avanzaban saltando, calenturientos de deseo; luego retrocedían impulsados por el terror, ejecutando una especie de pavana extravagante. Uno de ellos, más atrevido, se destacó del enjambre, sacudió dos ó tres veces sus pesadas alas, abandonó la tierra y fué á posarse encima de la cabeza del caballo. Inclínaba ya su pico para introducirlo en el ojo del cadáver y vaciarlo, cuando se detuvo de repente, erizó sus plumas y pareció escuchar.

Un andar pesado hacia crujir la nieve á lo lejos, en el camino, y aquel rumor que el oído humano no hubiera quizás aperebido resonó claramente en el finísimo del cuervo. Como el peligro era apremiante, el pájaro negro no se movió de su sitio, pero sí se puso en guardia. Los pasos se aproximaban, y pronto la forma vaga de un hombre llevando algo en hombros se bosquejó entre la niebla matinal. Entonces el cuervo juzgó prudente retirarse, y emprendió el vuelo exhalando un largo graznido para advertir el peligro á sus compañeros.

Toda la bandada voló hácia los árboles vecinos con gritos roncós y estridentes.

El hombre habia llegado cerca de la carreta, y, sorprendido de encontrar en medio del camino un carro sin dueño, con una bestia uncida que, como la yegua de Rolando, tenia por principal defecto ser muerta, se detuvo y paseó á su alrededor una mirada furtiva y circunspecta.

Para examinar mejor la cosa, depositó en tierra su fardo, que se sostuvo en pié y se puso á andar, pues era una niña de unos doce años, que la larga manta que la envolvía de los piés á la cabeza podia, cuando estaba acurrucada sobre

el hombro de su compañero, hacer tomar por una maleta ó unas alforjas de viaje. Dos negros y fevrosos ojos brillaban sombríamente bajo los pliegues de la tela en que iba envuelta, ojos en un todo parecidos á los de Chiquita. Un hilo de perlas hacia destacar algunos puntos luminosos sobre el color leonado de su cuello, y, formando contraste con aquel ensayo de lujo, se retorcían al rededor de sus desnudas piernas algunos guiñapos.

Era, en efecto, Chiquita en carne y hueso, y su compañero Agustin en persona, el bandido de los maniqués, quien, cansado de ejercer su profesion en los desiertos caminos, se dirigia á Paris, donde todos los talentos encuentran empleo, marchando de noche y ocultándose de dia, como hacen las bestias carnívoras y de rapiña. La pequeña, rendida de fatiga y transida de frio, no habia podido, pese á su valor, seguir adelante, y Agustin, buscando un abrigo cualquiera, la llevaba como á Homero ó Belisario sus guías, con la diferencia de que el bandido al contrario de ser ciego gozaba de una vista de lince, la que, segun pretende Plinio el Viejo, ve los objetos á través de las paredes.

—¿Qué significa esto?—dijo Agustin á Chiquita,—por lo comun nosotros detenemos los carruajes, y ahora es un carruaje el que nos detiene á nosotros; vayamos con tiento, no sea que esté lleno de viajeros que nos pidan la bolsa ó la vida.

—No hay nadie,—respondió Chiquita que habia metido la cabeza debajo del toldo del carro.

—Quizás habrá algo en él,—prosiguió el bandido;—procedamos á la visita.

Y escudriñando con sus dedos los pliegues de su faja, sacó eslabon, pedernal y yesca, con lo que se procuró fuego para encender una linterna sorda, que siempre traia consigo en sus expediciones nocturnas, pues el dia no alumbraba todavía el oscuro interior de la carreta. Chiquita, á quien la esperanza de botin hacia olvidar la fatiga, se introdujo en el vehículo, dirigiendo el rayo de luz sobre los bultos de que

estaba lleno; pero sólo vió telas viejas pintadas, accesorios en carton, y algunos andrajos sin valor.

—Busca bien, Chiquita,—decia el bandido que estaba al acecho,—escudriña los bolsillos y los sacos que están colgados de los adrales.

—Nada, absolutamente nada hay que valga la pena de ser llevado. ¡Ah! sí: aquí hay un saquito que produce un sonido metálico.

—Daca presto,—dijo Agustin,—y acerca la linterna para poder hacerme cargo del hallazgo. ¡Por los cuernos y la cola de Lucifer! ¡Estamos de desgracia! esperaba encontrar moneda de buena ley y no son más que tantos de cobre y de plomo dorado. Cuando ménos, saquemos de nuestro encuentro el provecho de descansar un poco, al abrigo del cierzo debajo el toldo de la carreta. Tus sanguinolentos piés no pueden ya contigo, tan áspero es el camino y tan largo el viaje. Tiéndete debajo de las telas y dormirás una hora ó dos. Entretanto yo vigilaré, y si ocurre algo estaremos pronto prevenidos.

Chiquita se acurrucó en el fondo de la carreta, echándose encima las decoraciones para procurarse un poco de calor, y pronto el sueño cerró sus párpados. Agustin se quedó vigilando fuera, con la navaja abierta cerca de él, al alcance de su mano, inspeccionando los alrededores con esa penetrante mirada del bandido á la que no escapa ningun objeto sospechoso.

El silencio más profundo reinaba en la solitaria campiña. Sobre la pendiente de los lejanos ribazos la nieve se destacaba brillando á los pálidos rayos del alba, cual blancos fantasmas ó mármoles de un cementerio; pero todo guardaba la más tranquilizadora inmovilidad.

Agustin, á pesar de su fuerza de voluntad y de su constitucion de hierro, sentia apoderarse de él el sueño. Muchas veces ya sus párpados se habian cerrado, y volvia á abrirlos con resolucion brusca; los objetos comenzaban á borrar

entre sus pestañas, y perdía la noción de las cosas, cuando á través de un incoherente bosquejo de sueño parecióle que un soplo húmedo y tibio le daba en el rostro. Despertóse el bandido, y sus ojos, al abrirse, se encontraron con dos fosforescentes pupilas.

—Un lobo á otro no se muerden, amiguito,—murmuró Agustín,—y no tienes tú las mandíbulas bastante bien provistas para hincarme los dientes.

Y con movimiento más rápido que el pensamiento, apretó con su mano izquierda la garganta del animal, mientras que con la derecha recogía el cuchillo y se lo sepultaba en el corazón hasta el mango.

A pesar de su victoria, Agustín no juzgó bueno el sitio, y despertó á Chiquita, quien no manifestó ninguna zozobra á la vista del lobo muerto, extendido en el camino.

—Vale más largarse,—dijo el bandido.—Esta carroña atraerá los lobos, los que en tiempos de nieve, que no encuentran nada que comer, están rabiosos de hambre. Mataría algunos como he matado este, pero pueden venir por docenas y, si me durmiese, sentiría despertarme en el estómago de una bestia carnícora. Una vez masticado yo, de tí, alondra, que tienes los huesos tiernos, no tendrían más que para un bocado. Arriba pues y huyamos. Este cadáver les entretendrá. Puedes andar ahora ¿no es cierto?

—Sí,—respondió Chiquita que no era por cierto una niña mimada educada en la molición,—este corto sueño me ha devuelto las fuerzas. Pobre Agustín, no volverás á verte obligado á llevarme como incómodo bulto. Además, cuando mis piés se negarán á servir,—añadió con salvaje energía la niña,—córtame el cuello con tu largo cuchillo y échame á un barranco; te daré las gracias.

El bandido de los espantajos y Chiquita se alejaron con rapidez, y al cabo de algunos minutos se habían perdido entre las sombras. Tranquilizados por su partida, los cuervos bajaron de los vecinos árboles, se precipitaron sobre el re-



UN LOBO Á OTRO NO SE MUERDEN, AMIGUITO...

ventado rucio y dieron comienzo á su carñoso festin. Pronto llegaron dos ó tres lobos para tomar su parte en aquella franchela, sin admirarse de los aleteos, graznidos y picotazos de sus negros comensales. En pocas horas, tanto era el afan con que trabajaban, el caballo, limpiado hasta los huesos, apareció á la luz de la mañana, en estado de esqueleto preparado como por cirujanos veterinarios. No quedaba de él más que la cola y los cascos.

El Tirano, acompañado de un mozo del cortijo, se dirigió el medio día en busca de la carreta. Apartó con el pié el esqueleto del lobo medio roído y vió entre las varas, debajo del arnés, que los colmillos y los picos habian respetado, la osamenta de la pobre bestia. El saco de tantos estaba esparcido por el suelo, y en la nieve veíanse perfectamente impresas huellas, grandes las unas, pequeñas las otras, que convergían al carro y luego se alejaban.

—Parece,—dijo el Tirano,—que la carreta de Tespis ha recibido esta noche visitas de más de un género. ¡Oh afortunado accidente que nos ha obligado á interrumpir nuestra odisea cómica, nunca te bendeciré lo bastante! Gracias á tí, hemos escapado á los lobos á dos piés y á cuatro patas, no ménos peligrosos, sino más. ¡Qué regalo hubiera sido para ellos la tierna carne de esas pollas, Isabel y Serafina, sin contar nuestra vieja coriácea piel!

Mientras el Tirano se entregaba á este soliloquio, el criado de Bellombre desembarazaba las varas de la carreta y enganchaba en ella el caballo que habia conducido, aunque el animal rezongaba de miedo al aspecto para él terrorífico del esqueleto y al hedor del lobo cuya sangre manchaba la nieve.

La carreta fué introducida en el patio del cortijo debajo de un cobertizo. Nada en ella faltaba, antes bien habia alguna cosa de más: un pequeño cuchillo, de estos que se fabrican